

## **Campos de la Ciudad de Ravena, once de Abril, día de Pascua de 1.511**

Gallardetes, estandartes y banderas flameaban violentamente en los campamentos, a merced de la brisa de la alborada. Los hombres de armas de ambos bandos comenzaban a determinar las posiciones que cada cuerpo de ejército ocuparía durante la contienda. En total, unos cuarenta y cinco mil hombres lucharían en aquel día para tomar la ciudad, aunque en principio, Rávena no era más que un pequeño eslabón en la larga y dura pugna que sostenían los dos monarcas más poderosos de Europa. El Rey Fernando era contrario a sostener aquella batalla, consciente de la inferioridad numérica de sus tropas, pero los últimos acontecimientos - quizá precipitados por la incompetencia política de don Ramón Cardona, Virrey de Nápoles- se habían desarrollado en una única dirección.

Pero para el hidalgo Don Martín de Solís, los consejos celebrados en la Corte, la política y el juego de los embajadores, carecían de significado alguno: un caballero debía defender los intereses de su amo con la espada en la mano. “Es en el combate -solía decir el recio noble a su hijo-, alarde de hombría, donde un leal sirviente ha de mostrar con obras y por la propia espada el valor de su ánimo y la ciega fidelidad a sus ideales”.

A una señal del hidalgo, cuarenta brillantes espuelas arrancaron sangre en los costados de los caballos y veinte guerreros cabalgaron para aprestar sus corazones ante la inminente batalla. Completamente armados de bruñido acero, habían salido de las posiciones españolas a ejercitarse cuando las estrellas aún agonizaban entre tintes púrpura.

Cabalgaban formando gran estruendo, rompiendo el silencio bajo un Sol que apenas despuntaba para diluir lentamente la espesa niebla nocturna. Altivos sobre las monturas, sedientas las armas, asemejábanse a un escuadrón de severos ángeles exterminadores.

Los caballos piafaban nerviosos por liberarse de aquellas riendas que, tensas, impedían el desenfrenado galope hacia la acción. Podían sentir en el aire el oscuro olor de la guerra y la sangre les hervía en las venas. La hora de luchar estaba próxima.

-¡Mirad, caballeros cuán rojo está el Sol! -dijo Don Martín a sus compañeros- ¡Es sin duda gran victoria para las armas de nuestro Rey lo que augura; escuchadme, pues presiento que no ha de acabar este día sin que grandes señores cristianos viertan su sangre a la mayor gloria de Dios! -con el rostro iluminado por el entusiasmo, se volvió hacia su hijo mayor- ¡Por Júpiter que este ha de ser un gran día, Diego! ¡Puedo notarlo en el aire!

El capitán Pedro de Paz espoleó su magnífica bestia hasta ponerse a la altura de Don Martín y apuntó irónicamente:

-Así que predecís el futuro por el color del Sol... si no os conociera desde hace tanto tiempo, pensaría que utilizáis la nigromancia...

-Sois vos, señor capitán, quien debiera utilizar las artes ocultas... -respondió sonriendo Solís- para que ese jamelgo que montáis no caiga en medio del combate bajo el peso de vuestra armadura...

En aquel momento, surgiendo de un bosquecillo de pinos, un grupo de gentileshombres franceses a caballo, salió al encuentro de los jinetes españoles. Entre ellos estaban los conocidos Señores de Lautrec, Alegre... y el mayor héroe de aquellos tiempos, Pierre du Terrail, Señor de Bayard. Uno de los recién llegados, ataviado ricamente, se adelantó conduciendo su caballo briosamente.

-Buen día, señores -saludó en castellano, tras alzar la visera de su yelmo- Mi nombre es Jan du Renoir, Señor de Grenouille, y veo que aprovecháis la amanecida para ejercitaros, como nosotros.

Todos conocían el nombre de Grenouille, llamado *Chevalier Sans Paour* por su reiteradamente probada valentía. El capitán Pedro de Paz, no sin cierta admiración, devolvió el saludo y se presentó. A continuación, los dos hombres se deshicieron en una retahíla de sinceros halagos mutuos: cada cual trataba de devolver aumentadas las zalemas del otro. El

joven Diego asistía sin pestañear a la escena, mientras su padre, reconociendo los escudos franceses, le susurraba los nombres de cada paladín enemigo.

-A fe mía, -concluyó el capitán español- que con tan nobles contrarios debemos estar en forma para el gran juego, caballeros.

-En verdad que nuestros corazones se entristecen porque los soberanos no tengan paz, -respondió el de Grenouille- pues nada habría de complacernos más que continuar conversando largamente con tan doctos señores. Mas hoy la suerte de las armas ha de decidir quién tomará el campo y nuestras tropas aguardan, así que debemos separarnos.

-Compartimos vuestros sentimientos, pero antes de marcharos... decidme - continuó Pedro de Paz, mirando ahora hacia un altivo caballero vestido con las armas de Navarra y Foix- ¿quién es ese señor, que toda vuestra gente le hace tantos honores?

El *Caballero sin Miedo* no pudo contener un leve gesto de orgullosa satisfacción por presentar a su famoso líder.

-Es el muy gentil Duque de Nemours, sobrino de nuestro Príncipe y hermano de vuestra Reina, doña Germana.

Cuando los españoles oyeron esto, desmontaron inmediatamente. De Paz se dirigió al Duque en nombre de los demás.

-Doy muchas gracias a Dios Nuestro Señor por la merced que nos hace a mí y a todos estos hidalgos de mi compañía al conocer a tan grande caballero. Monseñor, salvo el honor y el servicio del Rey Fernando, nuestro amo, os declaramos que somos y queremos seguir siendo por siempre vuestros leales servidores.

El Duque agradeció el gesto y conversó brevemente con los españoles mediante Grenouille. Luego, todos se despidieron entre gran estima.

De vuelta a su campamento, el joven Diego de Solís cabalgaba junto a su padre con el pecho henchido de euforia. Había conocido al Duque de Nemours y al *Bayardo*, un héroe popular tan sólo comparable al trujillano García de Paredes. Había asistido a una reunión de importantes caballeros cristianos, representantes de distintos Reyes, enemigos, pero al fin hombres justos y de bien que se respetaban y amaban. El espíritu de la caballería era como le

habían enseñado en su infancia: todo valor, generosidad y nobleza. En poco tiempo debería medir su acero con la flor de la caballería europea y estaba dispuesto a conseguir que su primer combate fuera recordado por los trovadores en los años venideros. Cumpliría con su deber hasta morir, sin dejar que desaliento, temor o peligro lo impidiesen, pues, por la noble alcurnia que corría en sus venas, menos estimaba la muerte que el honor.

Todavía era temprano, pero aquel día españoles y franceses regarían la tierra de Rávena con su sangre.

Entre los miles de muertos estarían la mayoría de los capitanes más famosos de ambos bandos: Pedro de Paz, Acuña, Quiñones, Carvajal, Desboríes, Moncaure, Jacob y el mismo Gastón de Foix, Duque de Nemours, por citar algunos. También moriría Don Martín de Solís.

Con la espada en la mano.

## II

La niebla se fue evaporando lentamente hasta dejar apenas una etérea capa flotando sobre el suelo. Envueltos en el blanco sudario de humedad, decenas de cadáveres cubrían aquella parte del prado, a modo de macabra alfombra. Restos de pendones y banderas ondeaban sus vivos colores a voluntad de la leve brisa del Adriático, contrastando fuertemente sobre un paisaje gris de muerte y desolación. Escudos, rodelas, borgoñotas, morriones, alabardas, espadas, armaduras... refulgían furiosamente por todas partes, arrojando desiguales brillos para recibir al Sol de la mañana, rojo como el fuego, entre los gemidos procedentes de quienes aún conservaban un hálito de vida que probablemente no tardarían demasiado en perder. Los gritos, el estruendo de los arcabuces, cañones y el acero cruzado evidenciaban que, junto al canal, el Duque de Nemours y sus tropas luchaban fieramente para tomar la ciudad frente a los hombres del virrey de Nápoles, don Ramón de Cardona.

Diego de Solís Cortés, con dieciocho años cumplidos pocas semanas atrás, se había separado de su padre y ahora estaba algo alejado del centro del combate, rodeado por restos mortales de nacionalidades distintas. Españoles, franceses, suizos, lansquenets, gascones, ingleses, picardos, italianos... en realidad, ya daba igual en que país hubieran nacido aquellos soldados. Ahora todos hablaban la misma lengua: el arcano lenguaje de los muertos.

A medio centenar de metros de él, un caballo tordo piafaba nervioso y empapado en sudor, impaciente por que su joven amo volviese a sumergirse en la batalla. Solís permanecía en pié, con la tenue bruma llegándole a la rodilla, alzando con ambas manos la espada que su abuelo le regalara poco antes de morir. Aquel acero, forjado en el taller de un famoso maestro espadero toledano, había segado la vida de nobles cristianos e infieles, siempre en buena lid. Ahora, el muchacho debía de encontrar una solución al grave problema de conciencia que se le presentaba. Ante él tenía a un caballero francés arrodillado y con la cabeza baja, caído el largo cabello rubio sobre la cara, gimoteando por el cercano olor de una muerte que no debería tardar mucho en besarle. El gallo respiraba dificultosamente, formando un denso vaho al exhalar el fresco aire de primavera por la boca, mientras que su bruñida coraza era surcada por

sangre vertida desde varias heridas, hasta resbalar sobre el emblema de la honorable casa de Grenouille, finamente labrado en el centro del peto.

Si lo mataba, parecería una ejecución, más a propósito para un verdugo que para un hidalgo y, desde luego, incomparable a la muerte de los cinco caballeros que Diego ya había enviado a cruzar el umbral de las sombras.

La situación nada tenía que ver con las gestas gloriosas que los libros de caballería atribuían a *Tristán*, *Lanzarote del Lago* o *Tirante el Blanco*. Ni siquiera habían luchado en igualdad de condiciones, pues el francés ya estaba herido cuando se encontraron... pero nadie sabía eso y las armas del escudo eran sobradamente conocidas. Se trataba del Señor de Grenouille: la cabeza del afamado capitán de Luis XII de Valois podría reportar al joven hidalgo un enorme prestigio entre sus camaradas de hueste. Incluso, ¿por qué no?, infundir la moral suficiente a las castigadas tropas españolas, decidiendo el triunfo en favor del Rey Fernando. Un rápido sueño cruzó por su mente: se vio a sí mismo nombrado Maestre de Campo, paseándose por la corte ante la admiración de la más alta nobleza de las Españas.

Aunque la idea de matar al francés sin apenas haber luchado con él era un pensamiento innoble, desde luego, sabiendo que sólo las heridas acumuladas por Grenouille le depararon la victoria en el combate. Aquello traicionaba todas sus creencias: fama, honra, honor, dignidad, gloria... muy a pesar suyo las palabras sonaban ahora demasiado lejanas...

Era un pensamiento innoble, sí... pero no lograba desterrarlo de su mente. Lo cierto era que desde que llegara a Italia, había visto muchas cosas que hacían tambalear seriamente sus ideales. Aún tratando de enmascararlo bajo una falsa moral, el comportamiento de los hombres en la guerra tiene poco que ver con principios éticos y, menos aún, con novelas heroicas.

Por otra parte, tampoco la actitud del capitán para recibir la muerte era muy gallarda, patéticamente postrado, perdida la compostura, no parecía resignarse a su destino como correspondía a un caballero vencido. Al menos podría mantener la faz serena y orgullosa, desterrando los gimoteos, propios de un villano, y afrontar serenamente la derrota.

Claro que eso no justificaba cometer crimen alguno.

El francés alzó lentamente la cabeza y, con la cara medio oculta por el revuelto cabello, clavó sus húmedos ojos en Diego y dijo, recobrando algo de compostura:

*-Supplico vobis!*

El muchacho sostuvo la mirada, pero no respondió. Entonces, un espasmo sobrevino al caballero vencido, que arrojó sangre y saliva por la boca. Volvió a doblar el cuello hacia abajo.

*-Malheur à moi! -murmuró con voz apagada- S'il plait à Dieu...*

Diego miró su acero y un fugaz recuerdo sobre tan noble arma le asaltó la memoria: "Los dos filos de la espada enseñan que el caballero sirve a Dios y a su Rey", le enseñó su abuelo.

Pero ni Dios ni el Rey estaban allí, jugándose la piel en el campo de batalla.

Echó un vistazo alrededor: a excepción de un agonizante ballestero inglés, nadie había cerca que pudiera considerarse realmente vivo. En ese momento reparó en que desde un montículo cercano, casi oculto por jirones de humo, un caballero cubierto por larga capa roja le miraba fijamente. ¿Era su padre?. No lograba distinguirlo con claridad. Durante unos instantes el observador permaneció inmóvil, tirando de las riendas de su montura, hasta que, finalmente, fustigó al caballo para perderse de vista en dirección al canal. A su espalda, la capa roja flotaba en el aire como llamas de fuego.

Ahora, Diego sí estaba sólo. Aquel dilema tendría que solucionarlo él mismo y el único desenlace verdaderamente honesto era montar en su caballo y abandonar el lugar de inmediato, respetando la vida del noble y afamado capitán.

Dios y Rey.

Quizás en el futuro, ya repuesto de sus heridas, pudiera medir sus fuerzas justamente con Grenouille.

Quizás...

Repentinamente, la hoja toledana trazó un fulgurante semicírculo en el aire arrancando destellos de Sol hasta que, ya manchada por el líquido de la vida, se hundió en el suelo.

-Hasta la vista, *Caballero Sin Miedo*... -susurró Diego con voz grave mientras limpiaba su espada en la desgarrada túnica del cadáver- Una forma poco decorosa de morir... pero cada uno tiene la que se merece... supongo.

Luego le quitó las valiosas espuelas de oro al francés, tomó la cabeza por los cabellos y, montando ágilmente, picó los flancos del caballo para dirigirse a rienda suelta hacia el último foco de combate, junto al aún brumoso canal. Con la mente llena de altivos sueños, cabalgó para recoger su porción de gloria.

Desde aquel día, los dos filos de su espada sólo servirían a quien la empuñase.